

esta mujer, pero no abandonarla cuando vuelve á tí los ojos en su arrepentimiento; no la hagas tuya, pero ábrele, hermano, los brazos cuando busca tu perdon en su abatimiento.

Doña Catalina dió un grito de placer, porque los brazos de Leonel se abrieron, y cayó de rodillas abrazada á los piés del jóven, y derramando un torrente de lágrimas.

—¡Oh! Don Leonel, oídme y me perdonaréis: yo no he sentido sino por vos el arrepentimiento, por vos solo siento cuando malo he hecho en mi vida; sin haberlo conocido, sin haberlo sentido, habiéndolo sido para mí indiferente todo: pues bien, Don Leonel, la Magdalena obtuvo su perdon del Salvador: si yo sintiera por Dios este suplicio arrepentimiento de mis culpas que siento ahora por vos solo, Dios me perdonaría; y vos que me veis de rodillas, conseruándoos con rigor mis faltas, é implorando vuestro perdon, me lo negáis, cuando es solo el perdon lo que solicito; ¿Don Leonel, Don Leonel, me habréis en Redemptor para esta Magdalena?

—Si lo habréis—dijo solemnemente el Padre Alonso pe-
netrando en la estancia.

Doña Catalina reconoció apartada á la presencia in-
terceder del Padre, y Leonel se arrojó á su pié con un
grito.

—Hermano mío!—exclamó—soy muy desgraciado!
—Y esta mujer—agregó el Padre señalando á Catali-
na—ella que me ha dado á tí, hermano mío, esta vida, esta
Doña Catalina obedeció instantáneamente, y el Padre la
tomó de una mano.

—Leonel—dijo con solemnidad—te puedes ir á
38

—No insistáis en nada vos; esta mujer, y si acaso des-
cubris que se humaniza con vos, procurad entonces hacer
debeis, mostrando que nada se os da de todo eso, y
—muestra que una mujer de seda.
—esto no puede seguir así, yo soy an-
—de los derechos.
—¿Derechos? ¿pensáis que á una mujer se la comprata
con derechos? ¿suponeis que es una casa ó una heredad en
la posesion pretendida tener? ¿Desengañaos, Don Alonso; á
no ser casas muy temerarias, una mujer

XXXIX

En el que se da razon de lo que pasó á la vieja Doña Catalina con el viejo Don Baltasar de Salmeron.

Don Alonso de Rivera y Doña Catalina de Armijo queda-
ron pasmados con la violenta energía de Doña Esperanza.
La jóven cerró con violencia la puerta de su cámara, y sus
dos interlocutores se miraron entre sí con asombro, é instin-
tivamente se retiraron de aquel lugar en que habían llevado
una leccion tan ruda.

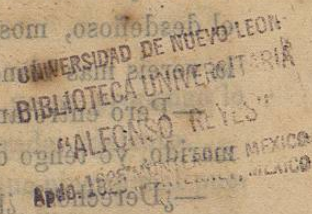
—¿Qué decís de todo esto?—preguntó Don Alonso.

—Digo que esa muchacha tiene una energía salvaje, y
un genio tan fuerte que trabajos os mando para domarla.

—¿Pero creéis que siga esto así? porque ese aislamiento
en que ella quiere colocarse, y esa prohibicion de que la
toque y de que penetre en su habitacion, me convierte en
el marido mas gracioso del mundo.

—Supongo que esa resolucion no se llevará adelante; las
mujeres tienen á veces caprichos raros que es preciso no
contradecir, y acaban por abandonarlos ellas mismas.

—Segun eso.....



—No insistais en nada vos; ella amainará: y si acaso descubris que se humaniza con vos, procurad entonces hacer el desdenuoso, mostrando que nada se os da de todo eso, y la vereis mas blanda que una madeja de seda.

—Pero entretanto esto no puede seguir así; yo soy su marido, yo tengo derechos.....

—¿Derechos? ¿pensais que á una mujer se la conquista con derechos? ¿suponeis que es una casa ó una heredad cuya posesion pretendéis tener? Desengañaos, Don Alonso; á no ser casos muy remotos, que yo no conozco, una mujer nada concede por violencia ni por fuerza, nada, quizá ni un beso; lo que no haga ó el amor ó la astucia, ni todos los derechos ni toda la fuerza del mundo lo conseguirá.

—Entonces, ¿qué camino me queda aquí

—La paciencia, la paciencia: ya es vuestra esposa.

—Bien, pero ya habeis visto.....

—Vamos, Don Alonso, que á mí no me salgais con esas; yo sé mejor que vos que por pasión no os habeis casado con esa muchacha, sino por interes de su herencia; eso lo habeis ya conseguido: decid ahora que al verla tan cerca de vos y en vuestro poder, os ha entrado un capricho y os creeré, pero no mas.

—Capricho ó no, tengo derechos.

—Torna con los derechos! yo os daría un medio muy sencillo para que todo quedara en paz.

—¿Cuál?

—Si quereis venir á casa, os daré un bebedizo que la dormirá de manera que no tenga mas voluntad que una piedra: en esto no quebrantais ninguna ley divina ni humana, porque es ya vuestra mujer.

—¿Y luego, cuando vuelva en sí?

—¿Qué? dará gritos, os reñirá, se mostrará desesperada;

pero en vano; ni tendrá remedio, ni podrá quejarse á nadie, porque los mismos á quienes se queje, se reirán y os darán á vos la razon.

—Puede pasar á otros extremos.

—A nada, no seais tímido: además, yo os propongo lo que creo que puede hacerse: si no os agrada, adelante.

—Sí, sí me agrada; iré, iré con vos, que ningun mal puede seguirseme, y es un medio seguro, infalible.

—Y que os dará un rato muy divertido cuando podais decirle: esposa mia, yo no podia obedeceros, ni la ley ni mi corazon: me permiten veros como á una enemiga ¿qué quereis? castigadme como os parezca.

Don Alonso soltó una carejada.

—Vamos—dijo la vieja.

—Vamos—contestó Don Alonso.

Rivera tomó su sombrero y una capa, se sujetó su espada á la cintura, y salió de la casa al lado de Doña Catalina.

Estaba ya oscura la noche, y Don Alonso, entretenido en su conversacion con Doña Catalina, no observó un hombre que se destacaba de un zaguan de la acera de enfrente, y se puso á seguirlos.

Llegaban ya á la esquina Don Alonso y Doña Catalina, cuando el hombre que les seguia lanzó un silbido agudo y prolongado.

Volvió Rivera la cabeza, y en este momento cinco ó seis hombres se arrojaron sobre él y sobre la vieja, les pusieron mordazas, y les sujetaron con ligaduras de pié y manos en un momento y de tal manera, que no podian ni dar un grito ni hacer un solo movimiento.

Uno de aquellos hombres se desprendió y volvió con una carroza, en la que metieron á Rivera y á Doña Cata-

lina, y entrando dos de ellos tambien, el carruaje echó á caminar.

Despues de una media hora se detuvieron, y sacaron de la carroza á los dos prisioneros.

Doña Catalina se estremeció de horror: á la luz de una torcida que tenia encendida uno de aquellos hombres, habia reconocido la casa en que estaba; era la misma á que habian conducido á Doña Esperanza. La vieja creyó encontrar en esto la explicacion de aquella aventura; relacionó con esto el severo comportamiento de Esperanza con ella y con Don Alonso; pensó que era una venganza preparada sin duda por Don Leonel, y tembló.

En brazos de aquellos hombres fueron bajados del coche, pero separados; Don Alonso fué llevado á la pieza interior, y Doña Catalina depositada al pie de un árbol que habia fuera de la casa.

—¿Por qué será esto?—pensó ella—¿qué irán á hacer con él ó conmigo?

Todo se habia ejecutado con el mayor silencio: un hombre alto, enmascarado, y cubierto con una capa negra, dirigia la maniobra casi sin hacer seña alguna; parecia que los otros adivinaban su voluntad en sus ojos, que brillaban como los de un tigre, al través de su antifaz de terciopelo negro.

—¿Quién será ese hombre?—decia entre sí Doña Catalina;—no puedo adivinar quién sea; debe ser viejo, porque al través del embozo se escapan algunos mechones de canas de su barba.

Los que habian llevado á Don Alonso volvieron. Entonces uno de ellos pasó un lazo por encima de uno de los brazos del árbol.

—¿Me van á ahorear?—pensó la vieja, y se estremeció.

El hombre tomó uno de los extremos de aquel lazo, hizo un nudo corredizo, y se acercó á la vieja.

—¡Jesus me acompañe!—dijo ella interiormente.

Pero el hombre pasó la lazada sobre las dos manos atadas de Doña Catalina y corrió el nudo; luego se dirigió al otro extremo del lazo, y comenzó á tirar.

La vieja comenzó á enderezarse hasta que quedó de pie; siguieron tirando del otro extremo de la cuerda, y la levantaron del suelo, y quedó suspendida á dos varas sobre la tierra; pero esto le causaba terribles dolores en las manos y en los brazos, tanto por la posicion de las manos como por la presion del nudo corredizo.

Hubiera gritado si se lo hubiese permitido la mordaza.

—Basta—dijo el hombre que mandaba.

Doña Catalina creyó que la iban á bajar; pero los hombres ataron el extremo de la cuerda en el tronco del árbol, y la vieja quedó meciéndose en el espacio.

Dió el hombre misterioso algunas órdenes en voz baja, y dos de los que le obedecian, se perdieron entre las sombras y volvieron á poco, trayendo entre ambos con dificultad un objeto pesado.

A pesar del dolor de sus manos, la vieja seguia con terror todos aquellos preparativos.

Los hombres depositaron en el suelo lo que traian, que era una gran piedra, y se dirigieron á Doña Catalina. En un instante le arrancaron las medias y el calzado, dejando sus piés enteramente desnudos.

Los amarraron fuertemente uno contra otro con la punta de una cuerda que estaba debajo, pero de tal manera tirante, que el cuerpo permanecia suspendido entre las cuerdas de las manos y las de los piés, sin que la vieja pudiera hacer el menor movimiento, ni levantar siquiera un pié.

Esa falda estorba—dijo el hombre;—quítad ese vestido.

Los que le obedecían arrancaron de la manera mas violenta la falda del vestido á Doña Catalina y la tiraron en la yerba.

—Quítadle la mordaza, dadme su vestido y retiraos todos á México; dejadme solo. Tú, Juan, no dejes de ir adonde te encargué.

—No, señor—contestó uno de los hombres.

Entregaron la vela al gefe, y levantando entre todos á uno para que alcanzase á la cabeza de Doña Catalina, le quitaron la mordaza y luego se retiraron en silencio.

El hombre se cercioró de que habian partido, y cuando creyó que ya iban lejos, porque se habia perdido el ruido del carruaje que se retiraba, volvió adonde estaba Doña Catalina, que se quejaba dolorosamente, y se quitó la capa para estar mas libre en sus movimientos.

—Ea, señora—le dijo con una calma horrorosa—ya nos hemos quedado solos y es fuerza que me refirais cómo fué esa desaparicion de Doña Esperanza de Carbajal; tengo curiosidad de saber esa historia, toda, entera y verdadera, y por vuestra misma boca.

—Yo os la contaré—dijo la vieja;—pero bajadme de aquí, padezco mucho.

—¡Oh! no soy tan tonto; no me contaríais nada entonces.

—Os juro que os lo contaré todo.

—No; hablad, hablad, y no perdamos el tiempo.

—En ese caso—dijo con energía la vieja creyendo salvarse—no diré nada mientras no me quiteis de aquí.

—¿No?

—No, y mil veces no!

—Entonces, yo os obligaré á hablar.

Y el viejo se acercó con la vela en la mano; Doña Catali-

EL MARTIRIO DE D^{ña} CATALINA.

na hizo un esfuerzo para ver lo que iba á hacer, pero no podía inclinar la cabeza.

De repente dió un grito agudísimo, sintió un terrible dolor en las plantas de los piés.

El viejo le aplicaba á ellas la llama de la vela que tenia en la mano.

Doña Catalina quiso moverse, quitar los piés, levantarlos; imposible.

Estaba atada de tal manera, que no podía hacer el menor movimiento, y no conseguia con sus esfuerzos otra cosa que aumentar el dolor de sus manos.

El hombre, con una tranquilidad asombrosa, paseaba la llama de un pié al otro, procurando hacerlo con tanta lentitud que fuera abrasando toda la planta.

Doña Catalina gritaba y rechinaba los dientes.

Cerca de un minuto duró esta operacion.

—Bien—dijo el viejo retirándose;—¿contareis?

—Infame viejo infernal, no, no; ahora nada, nada; má-tame si quieres.

—¿No?

—No; má-tame, viejo infame, asesino, asesino!

Y Doña Catalina procuró escupir al hombre, ya que no podía hacer otra cosa.

—Muy bien—dijo con calma el viejo;—ahora tiempo doble por la resistencia, y por la injuria de haber osado escupirme, tormento extraordinario.

Y volvió á llegar con la torcida á los piés de Doña Catalina, teniendo cuidado de avivar la llama.

—Vamos á ver; así como así, esto me divierte, y seria lástima que acabase tan pronto; tengo aún mucho que esperar para que lleguen unos amigos que aguardo.

La llama volvió á quemar los piés de Doña Catalina; pe-

ro ya era aquello una cosa horrible: las carnes casi ardian en algunas partes por sí mismas; comenzaban á descubrirse los músculos, que se torcian y se encogian y se ponian negros.

Doña Catalina gritó hasta que se quedó ronca, lloró y se desmayó; pero el hombre, como embriagado, como absorto en su horrible tarea, ni se cansaba, ni se enternecía, ni se demudaba; parecia una estatua de mármol, ó un sábio que estudiaba los progresos del fuego en un cadáver.

Varias veces, muchas, Doña Catalina ofreció contar al viejo lo que él queria saber, y aun comenzó el relato; el hombre no escuchaba, y seguia instintivamente su tarea de martirio.

Los piés de aquella desgraciada habian perdido su forma; eran unas masas negras, sangrientas, que goteaban sangre, que se encendian, que ardian por sí mismas.

La vieja, desmayada, estaba suspendida como un cadáver, insensible. El viejo retiró la torcida, y sus carnes siguieron ardiendo.

En este momento se oyó el ruido y las voces de varias personas que se acercaban.

El viejo se dirigió con su luz al encuentro de los que se llegaban, y encontróse con Don César de Villaclara, que venia conducido por el hombre á quien el viejo habia llamado «Juan,» y seguido de Teodoro y de Garatuza.

Doña Catalina, privada enteramente de sentido, habia quedado en la oscuridad, y como la llama de su torcida deslumbraba á los que llegaban, estos entraron á la casa sin apercibirse de lo que habia fuera.

XXXV.

Dáse razon de cómo habian venido Don César y sus compañeros,
y lo que se siguió despues.

AQUELLA noche, Don César, Teodoro y Garatuza se habian reunido para hablar sobre la empresa que entre manos traian.

Teodoro y Martin estaban desesperados, porque nada habian adelantado en todo el dia; Don César, como siempre, indiferente y silencioso.

—Paréceme—decia Martin—que cada dia debemos ir perdiendo mas la esperanza de encontrar á esa pobre jóven.

—Yo solo confio—contestó el negro—en la promesa de Don César, porque no porque está delante, pero nunca da palabra que no cumpla.

Don César alzó la cara, miró á todos y calló.

—¿Aun esperais algo?—le dijo Teodoro.

—No solo espero, sino que estoy seguro de conseguir mucho.

—Pero ¿y cómo?

—Ese es mi secreto; tened confianza.

—¿Cuándo creeis tener alguna noticia?